Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6731 Lunes 25 de septiembre de 2006
Temporada n° 53 **Cine COSMOS**

LA CANCIÓN MÁS TRISTE DEL MUNDO (*The Saddest Music in the World*, Canadá-2003) *dirección*: GUY MADDIN. *Argumento original*: Kazuo Ishiguro. *Guión*: Guy Maddin, George Toles. *Fotografía*: Luc Montpellier. *Música*: Christopher Dedrick. *Diseño del film*: Matthew Davies. *Decorados*: Stephen Arndt. *Montaje*: David Wharnsby. *Asistente de Dirección*: Richard O'Brien-Moran. *Sonido*: Craig Mann, David McCallum. *Diseño sonido*: David Rose. *Mezcla sonido*: Russ Dyck. *Vestuario*: Meg McMillan. *Maquillaje*: Frances Hans, Amanda Kuryk. *Peinados*: Beverly A. Hamilton, Catherina Saites. *Elenco*: Mark McKinney (Chester Kent), Isabella Rossellini (Lady Helen Port-Huntley), Maria de Medeiros (Narcisa), David Fox (Fyodor Kent), Ross McMillan (Roderick Kent), Louis Negin (Blind Seer), Darcy Fehr (Teddy), Claude Dorge (Duncan Elksworth), Talia Pura (Mary), Jeff Sutton (Chester joven), Graeme Valen (Roderick joven), Maggie Neale (madre de Chester), Victor Cowie (hombre en bar), Jessica Burleson (secretaria de Lady), Wayne Nicklas, Nancy Drake, David Gillies, Daphne Korol, Adriana O'Neil, Jeff Skinner, Craig Aftanas, Miles Boisselle, Broca MacGregor, Daniel Hawkins, Matthew Kok, Eric Berg, Arthur McKinnon, Brent Neale, Jessica Smith. *Productores*: Niv Fichman, Daniel Iron, Jody Shapiro. *Productor ejecutivo*: Atom Egoyan. *Productoras*: Buffalo Gal Pictures – Rhombus Media Inc. – TVA International. *Duración original:* 99'.

El film

Película celebrada en varios festivales internacionales, la historia desarrollada por Maddin y Georges Toles a partir de un guión original de Kazuo Ishiguro, es harto singular, por calificarla de alguna manera: en Winnipeg, ciudad conocida como la capital mundial de la tristeza, la baronesa de la cerveza, lady Port-Huntly convoca a una competencia internacional para encontrar la música más triste del mundo, otorgando 25 mil dólares al ganador.

Bajo esta premisa argumental, Maddin desarrolla una historia de la que puede decirse cualquier cosa, menos que es algo previamente visto. El director canadiense echa mano de recursos que se han dejado de explotar desde hace ya varias décadas dentro del séptimo arte: fotografía granulosa en blanco y negro, virajes a pantallas monocromáticos, cambios de secuencias en *fade* e incluso cambo en la velocidad de cuadros por segundo, logrando el efecto tan conocido por aquellos cinéfagos conocedores de las obras silentes de principios de siglo

Maddin sitúa a su película en la década de los veinte no sólo en el plano argumental, sino sorprendentemente, también en el estético. Pareciera que, desde los créditos de inicio, estamos ante una obra filmada justamente durante ese periodo y que además bebe de las corrientes cinematográficas en boga por aquellos años.

De esta forma, a lo largo de *The Saddest Music in the World* podemos ver constantes homenajes al expresionismo alemán; planificaciones y encuadres que recuerdan al *Vampyr* dreyeriano –esas escenas en el panteón, maravillosamente viradas a contrastantes colores primarios– y al surrealismo francés; pero también, al Buñuel de obras posteriores gracias al juego que se hace con diversas prótesis de piernas de lady Port-Huntly, referencias directas que en mucho recuerdan la extremidad desprendida del maniquí de Miroslava en *Ensayo de un Crimen* y la falsa pierna utilizada por Catherine Deneuve en *Tristana*.

Esta cinta es particularmente rica en la construcción de cuadros intertextuales con lo que debemos suponer son las principales *filias* -¿o *fagias*?- cinematográficas de Maddin, pero para sorpresa del espectador que no esté familiarizado con las referencias culteranas, también funciona como una soberbia comedia de alcances

kafkianos. Porque el absurdo está ahí, en la misma medida que la desolación, haciéndose presentes a la par en cada uno de los personajes principales de la trama.

Chester Kent, un productor de musicales hollywoodenses venido a menos que se hace acompañar de la actriz y cantante Narcissa, de eterna mirada lánguida; Roderick, conocido artísticamente como *Gravillo*, el más grande violonchelista de Europa, capaz de hacer aflorar la tristeza con tan sólo un par de compases de su instrumento y que lleva siempre consigo el corazón de su hijo muerto en un frasco de formol; y Fyodor, militar en retiro eternamente enamorado de la baronesa de la cerveza. Personajes todos que se relacionan de forma tremendamente visceral, más que sentimental, unidos por odios, conveniencias, amores prohibidos y funestos secretos del pasado.

Ese cuadro tremendamente intricado se ve enmarcado en medio de un concurso donde las músicas regionales de cada país hacen acto de presencia para erigirse como la más triste del orbe. Pareciera ser que para Maddin la música es el vehículo más indicado para exponer a flor de piel las emociones más puras y libres de máscaras. Así, con todo y las carcajadas que brotan a lo largo de la película, el humor planteado no deja de ser bastante amargo por su estrecha vinculación con los sentimientos de pérdida que sobre sus espaldas lleva cada uno, ya sean éstas físicas –lady Port-Huntly–, morales –Chester–, de los seres amados –Roderick–, de las glorias del pasado –Fyodor– y hasta de los recuerdos –Narcisa–.

La música –como cualquier manifestación del arte– es un vehículo para sublimar esos sentimientos y es fácil que encuentre la reciprocidad en el individuo que la recibe sin que necesariamente éste pertenezca a la misma cultura de quien la emite. Se establece pues un círculo perfecto de emisor – mensaje – receptor que deja en claro la universalidad de la música como lenguaje.

De esta forma es entendible que en tan singular competencia se encuentren y establezcan diálogos inteligibles entre tambores africanos, cantos tiroleses, andaluces, musicales de Hollywood, conciertos para violonchelo, flautines del Siam y, cómo no, un mariachi mexicano... y es que todo aquél que haya escuchado a José Alfredo Jiménez trayendo un par de tequilas –o más– en la cabeza, sabe que “*...también de dolor se canta, cuando llorar no se puede*”.

(José Luis Ortega Torres, Revista *Cinefagia*, México DF, 28 de junio 2004)

The Saddest Music in the World es posiblemente la propuesta más audaz presentada en este Festival de Sitges. Narrada con un formato en B/N con grano de imagen grueso y una estética que resulta un híbrido del expresionismo alemán y el más puro delirio visual de un Luhrman o un Boyle, la obra de Maddin, es una melancólica propuesta bañada en lirismo y poesía sobre seres aún más *freaks* que los de Todd Browning, todos empeñados en ganar un concurso mundial en el que se compite por crear la canción más triste del mundo. Una obra maestra sin paliativos, que demuestra que en esto del cine, aún no se han acabado las vías de expresión, pues una obra como la de Maddin dinamita cualquier tipo de limitación estética, haciendo del anhelo lo onírico y de lo mágico lo fantasmal, la obra de Maddin resulta tan innovadora y exquisita que parece que el campo de la cinematografía se le haya hecho pequeño.

(Alex Calvo en *Tren de Sombras*, 2004)

Dentro del ciclo paralelo "Universo Media", dedicado este año a "Los nervios culturales del dolor: El sufrimiento en el cine, la filosofía, la literatura y las artes", hemos podido recuperar un largometraje fechado en 2003, titulado **The Saddest Music in the World**, producido por Atom Egoyan y realizado por el también canadiense Guy Maddin. Es este un trabajo altamente personal e intransferible, pues el director de **The Dead Father** utiliza una serie de recursos cinematográficos de modo que, en ocasiones, da la impresión de que quisiera comprimir toda la historia del cine (o la Historia a secas) en una sola secuencia de planos fugaces. La película, que cuenta en su reparto con una Isabella Rossellini que casi parece, filmada en blanco y negro, una reencarnación total de Ingrid Bergman, es una reflexión musical con marcado sentido del humor, en ocasiones grotesco, en forma de *grand guignol* por el que desfilan una serie de personajes simbólicos a la manera *godardiana*. Y, al igual que en los films de Godard, la cantidad de referentes que se cruzan en él es inabarcable. Mientras veía **The Saddest Music in the World** recordé varias veces la película **Europa**, de Lars von Trier, ya que Maddin hace uso de muchos trucajes vistos en dicho film, como las transparencias, ralentíes y otras estrategias de montaje manieristas. Y, sin embargo, ambos me parecen trabajos muy diferentes en el fondo. Mientras Maddin apuesta por la sutileza y los elementos de la puesta en escena sirven a la historia que cuenta, los empleados por von Trier resultan mucho más gratuitos y excesivos, y parece que su único objetivo sea llamar la atención una y otra vez sobre la propia figura del director danés.

(Alejandro Díaz, *Miradas de Cine*, noviembre 2005)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**